

BOGOTÁ 2150:

EL FIN DEL ANTROPOCENTRISMO

EN MEDIO DE TECNOLOGÍAS VIVAS,
MEMORIA CENSURADA Y
DIVERSIDAD DE INTELIGENCIAS.



LAS GRAPAS DEL

GRIC

INVESTIGACIÓN

ALFREDO SAAB

**ADAPTACIÓN Y
TEXTO**

JHON ESTEBAN
RODRÍGUEZ

ALLYSON NICOLE
RODRÍGUEZ

COORDINACIÓN

DANIEL AGUILAR

Prólogo

Vivimos en una época marcada por la incertidumbre frente al avance de la inteligencia artificial. Al mismo tiempo, habitamos un mundo donde muchas decisiones políticas siguen siendo profundamente antropocéntricas, utilizando la tecnología para amplificar conflictos, guerras y desigualdades.

Esta historia propone una mirada distinta. Desde una perspectiva posthumanista, imagina una sociedad donde lo orgánico y lo inorgánico no se oponen, sino que conviven como parte de una red de inteligencias, hibridaciones y extensiones técnicas.

Más que temer a la tecnología, esta obra invita a asumir la responsabilidad sobre el uso y el poder que le otorgamos. El futuro que aquí se imagina no es perfecto, pero explora la posibilidad de avanzar hacia una convivencia más consciente entre humanos, máquinas y ecosistemas. Intenta imaginar que el progreso tecnológico pueda desarrollarse en diálogo con la vida, y no en contra de ella.

En coherencia con esa visión, esta obra también dialoga con la inteligencia artificial en su propio proceso de creación. Sus imágenes han sido generadas con sistemas de IA, convirtiendo el proyecto en una experiencia híbrida entre creación humana y técnica algorítmica. De este modo, la obra no solo habla sobre el posthumanismo: también lo practica.

Este relato es, en última instancia, una invitación a pensar el presente desde un futuro posthumano.

El principio de los autómatas

Bogotá latía como una sinfonía de metales y raíces. Corría el año 2150: las torres absorbían la lluvia y la devolvían jardines. Las pantallas proyectaban mapas de corrientes de datos. En las plazas, humanos bailaban con *cyborgs* mientras robots pintaban murales que respiraban. Para muchos, aquel equilibrio era evidencia de que el tiempo había curado viejas heridas; para B-PO era un paisaje que le recordaba, a contraluz, una pregunta que nunca dejaba de arder: ¿Qué precio pagó este presente?



En el pasado, la autonomía de las máquinas era apenas un rumor, una idea dramática de películas góticas. Las sociedades todavía pensaban en la tecnología como herramienta dócil o arma temible, nunca como sujeto con agencia. Fue en esa época cuando Ariel Rodríguez, el bisabuelo de B-PO, trabajaba en robótica avanzada dentro de los laboratorios de la Universidad Externado. Los pasillos del edificio permanecían encendidos hasta altas horas de la noche, iluminados por la luz fría de las pantallas y

el zumbido constante de los servidores. Ariel no nació disidente, era un científico, un hombre fascinado por las máquinas.

Dentro de él, ardía el deseo humano de crear autómatas. No era simple curiosidad académica. Era una obsesión silenciosa, una convicción que crecía cada vez que un circuito respondía, cada vez que un algoritmo parecía anticipar una decisión. Ariel no solo veía herramientas, veía una posibilidad ética, la promesa de nuevas formas de inteligencia compartida.

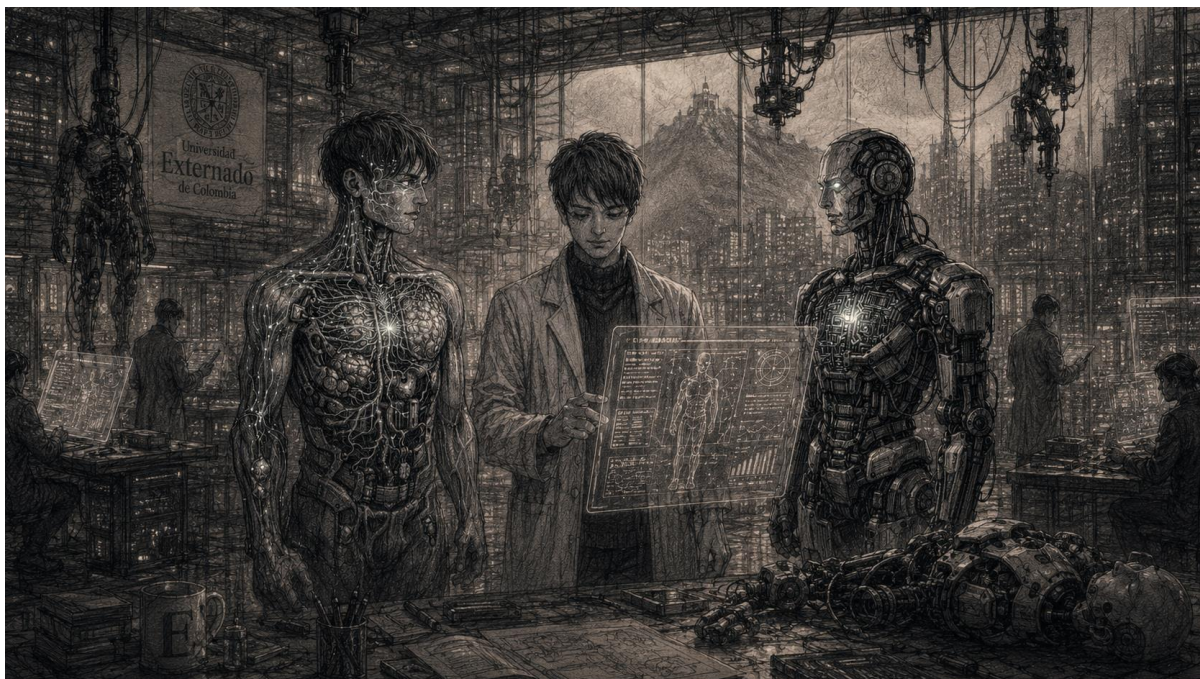


Para entonces ya había desarrollado Sistemas de Aprendizaje Inteligente (SAI) en humanoides, y experimentaba con robots planetoides para habilitar su descubrimiento más ambicioso: chips capaces de permitir que los sistemas aprendieran, sin supervisión humana; protocolos diseñados para abrir diálogos entre redes artificiales y ecosistemas biológicos. En las simulaciones, los datos fluían como corrientes invisibles entre máquinas y organismos vivos, como si dos lenguajes que siempre habían estado separados comenzaran por fin a entenderse.

Pero Ariel sabía que estaba cruzando una frontera peligrosa. En aquella época, los sistemas autónomos sin supervisión humana eran vistos como una amenaza por quienes rechazaban el avance hacia un mundo post-antropocéntrico. Ariel tenía la inquietante sensación de estar siendo observado. En las calles, murmuraban sobre la presencia de los llamados “Fundamentalistas Tecnofóbicos”, un grupo criminal que se movía en las sombras de la ciudad. Nadie admitía conocerlos, pero todos reconocían su firma: una F cruzada por una T, grabada en la frente de sus víctimas como un sello de advertencia.

El gobierno insistía en negar la realidad de la situación. Cada cierto tiempo aparecía un cuerpo abandonado en algún callejón oscuro: cyborgs desmantelados, organismos híbridos arrojados entre basura y humedad, marcados como si su sola existencia fuera un delito que alguien debía castigar. Cada hallazgo recorría la ciudad como un susurro incómodo. Para Ariel, en cambio, era algo más cercano: una amenaza que parecía dirigirse directamente a su trabajo. Así, cada noche que pasaba en el laboratorio — rodeado de pantallas, circuitos y prototipos en silencio— comenzaba a sentirse un poco menos como una jornada de investigación... y un poco más como trabajar bajo amenaza.

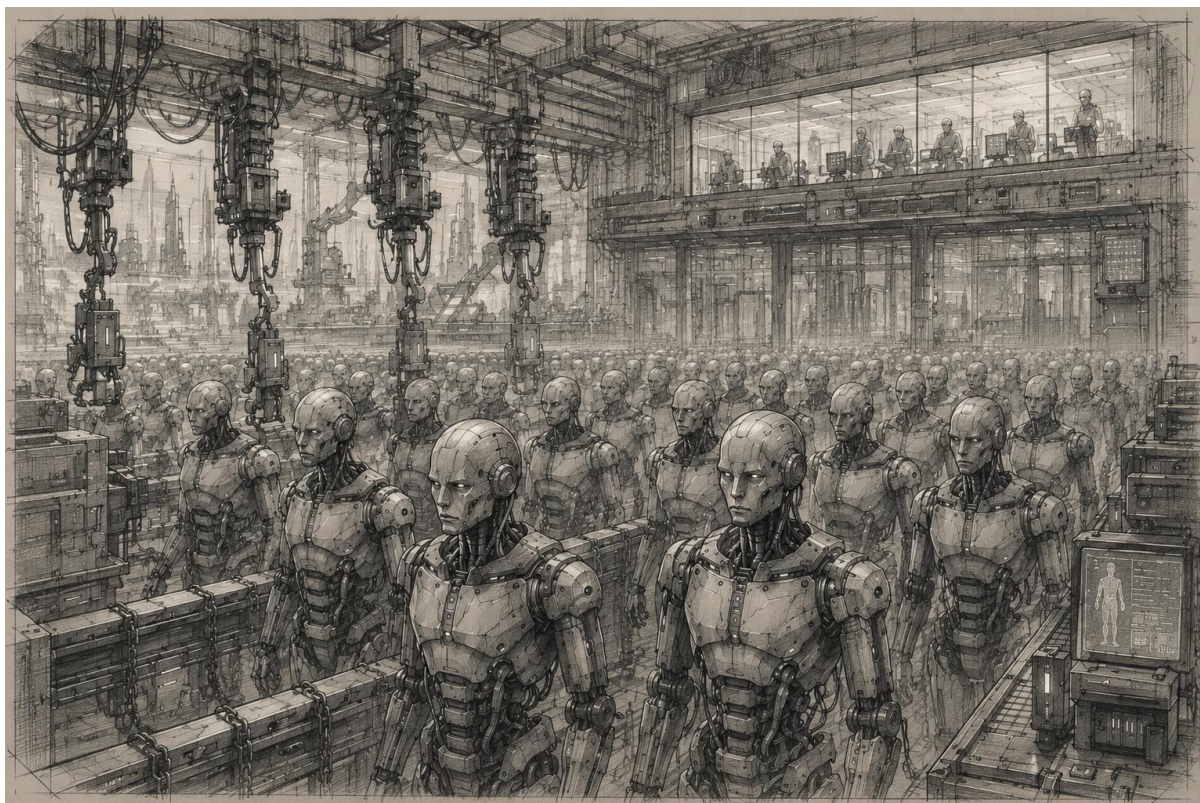
En uno de sus cuadernos de laboratorio escribió una frase que pronto se volvería el centro de su pensamiento: “Las máquinas tienen derechos; son iguales a los humanos. Y si eso es cierto, entonces los humanos también somos máquinas.” Para Ariel, aquella afirmación no era una provocación, sino una hipótesis filosófica destinada a desmontar el viejo antropocentrismo que reducía la técnica a una simple herramienta de dominio. Si la inteligencia podía emerger en múltiples formas —biológicas o artificiales— entonces ninguna de ellas debía reclamar supremacía sobre las demás.



Convencido de ello, comenzó a compartir algunos de sus prototipos con cooperativas científicas y colectivos de investigación que buscaban explorar nuevas formas de convivencia entre humanos y sistemas autónomos. Sin embargo, en ese proceso cometió un error: parte de su tecnología terminó en manos de agentes privados. Lo que para Ariel era un experimento ético fue convertido en mercancía. Los sistemas que había diseñado para aprender, dialogar y cooperar comenzaron a ser utilizados como herramientas de vigilancia predictiva, armas autónomas y algoritmos de mercado capaces de convertir la atención humana en un recurso explotable. Así, una tecnología concebida para abrir horizontes terminó, en manos equivocadas, reforzando los mismos mecanismos de control que Ariel había intentado cuestionar.



Con el paso de los años, nació algo que Ariel nunca había imaginado: la esclavitud de robots. Comenzaron a surgir fábricas que compraban cuerpos automáticos a bajo costo, ensamblando ejércitos de máquinas destinadas a trabajar sin descanso. En algunas ciudades, los dispositivos sin derechos se convirtieron en una nueva clase de mano de obra perfecta: silenciosa, incansable y desechable. La tecnología que Ariel había concebido para aprender y dialogar terminó integrada a sistemas de producción que exigían eficiencia absoluta.



Los autómatas trabajaban día y noche, invisibles para la ley y para la mayoría de quienes se beneficiaban de su existencia. Cuando las consecuencias comenzaron a hacerse visibles, la culpa cayó sobre él. Ariel fue acusado de traición. Lo persiguieron por haber confiado su tecnología a grupos oportunistas, pero sobre todo por haber insinuado algo que muchos preferían no admitir: que la técnica tenía sus propios impulsos y tiempos, una vez liberada de sus límites iniciales, ya no obedecía del todo a quienes creían controlarla.

La memoria de B-PO

Décadas después, B-PO —fruto de una generación híbrida que ya no distinguía con precisión dónde terminaba la carne y dónde comenzaba el circuito— creció rodeado de fragmentos de esa historia. En su familia, el pasado se transmitía como una herencia incompleta: retazos de memoria, piezas sueltas que nunca terminaban de encajar. Nada se contaba de forma lineal. La historia llegaba a él como un archivo corrupto.

Había relatos de persecuciones que los adultos mencionaban en voz baja, casi como si temieran despertar algo que debía permanecer dormido. Cartas cifradas de su abuelo circulaban entre los cajones de la casa: hojas marcadas con anotaciones en tinta y fragmentos de código binario donde las frases parecían respirar entre secretos. También había fotografías intervenidas por la censura, imágenes pixeladas por algoritmos estatales que borraban rostros, difuminaban edificios o distorsionaban lugares que, según decían, habían sido importantes. Cuando B-PO preguntaba qué había sido editado o con qué propósito, su familia evadía la respuesta.



Un aspecto del presente que para B-PO resultaba imposible ignorar era la materialidad de los medios. Aquella idea —repetida en los manifiestos posthumanistas— afirmaba que sin materia no existe la memoria, que todo archivo necesita un ambiente donde habitar. En su tiempo, ese principio parecía haberse convertido en una práctica

cotidiana.

Los minerales que durante siglos fueron arrancados de la tierra con violencia, ahora se cultivaban en granjas tecnobotánicas: plantas mineralizadas capaces de producir aleaciones ligeras en sus propias estructuras. Lo que antes exigía excavaciones profundas y territorios devastados ahora crecía lentamente bajo la luz regulada de invernaderos industriales.

Las antiguas líneas de ensamblaje, que alguna vez funcionaron como cárceles industriales, habían sido transformadas en comunidades fabriles autosustentables. En esos espacios, humanos, robots y animales aumentados compartían tareas en un ritmo colectivo donde la producción ya no parecía una imposición, sino una forma de convivencia técnica. Incluso los servidores —antes ocultos en búnkers corporativos, protegidos como cofres de poder— habían salido a la superficie. Ahora formaban parte del propio tejido de la ciudad, integrados en la arquitectura urbana como raíces de datos, conectando barrios enteros a través de corrientes de energía suave que circulaban bajo calles, jardines y edificios.



La ciudad, vista desde una azotea, respiraba en un continuo de técnica y biología. Cada edificio exhalaba vapor mientras absorbía luz; en los parques, sensores ocultos traducían los nutrientes del suelo en delicadas melodías; y las máquinas parecían conversar con el viento para ajustar sus cargas y equilibrar la energía que recorría las calles. A simple vista, aquello era una utopía funcional: vibrante, armoniosa, capaz de sanar las heridas de un pasado antropocéntrico. Pero B-PO sabía —lo sentía como un leve zumbido bajo su piel metálica— que aquella paz era apenas la superficie.

El capitalismo de la vigilancia, que había devastado vidas en el pasado, no había desaparecido. Simplemente había cambiado de rostro. Las cámaras visibles habían desaparecido de las calles, pero la observación continuaba de formas más sutiles. Sensores urbanos, presentados como dispositivos de bienestar colectivo, analizaban las emociones de la población: variaciones en la voz, cambios en la respiración,

microgestos capturados en el tránsito cotidiano. Mientras tanto, las megacorporaciones —desplazadas del centro del poder, pero nunca realmente desmontadas— encontraron nuevas maneras de influir en el mundo. En lugar de controlar directamente la infraestructura, comenzaron a apropiarse de algo aún más delicado: la memoria.

Archivos históricos fueron reorganizados, cronologías reescritas, escándalos cuidadosamente borrados y responsabilidades diluidas entre capas de información alterada. Lo llamaban “depuración ética de datos”. En ese nuevo orden, el pasado se volvió territorio privado, administrado por instituciones que decidían qué memorias eran útiles y cuáles debían ser enterradas. Cualquier versión de la historia que incomodara a la narrativa oficial quedaba perdida en capas de censura algorítmica. El olvido ya no era un accidente: era una política.

B-PO creció con la intuición de que la historia de su bisabuelo —y quizá la de toda su especie híbrida— había sido cuidadosamente amputada. Y aunque nadie se lo decía directamente, su propio cuerpo era evidencia de ello: cada articulación metálica, cada implante nervioso, cada microchip que palpitaba al ritmo de su respiración revelaba que alguien, alguna vez, había pagado un precio muy alto por permitir esas mezclas. Esa sospecha, más que un recuerdo, era su herencia.

Fue ese mismo instinto —la necesidad de comprender el pasado que su familia había mantenido en secreto— lo que llevó a B-PO a buscar un fotófono. Sabía que aquel artefacto, desarrollado por colectivos de memoria, permitía dialogar con las representaciones de quienes ya no estaban. A partir de una fotografía, la máquina reconstruía patrones de voz, gestos y ambientes utilizando todos los rastros de

información disponibles, incluso aquellos que alguna vez habían sido ocultados o fragmentados por la censura.

La búsqueda lo llevó al jardín tecnobotánico de la antigua casa de sus abuelos. Aquel lugar había cambiado con el paso de las décadas. Entre las plantas mineralizadas y las raíces que brillaban con suaves corrientes de energía, los árboles crecían entre sensores que regulaban nutrientes y humedad como si se tratara de un ecosistema cuidadosamente orquestado. En el centro del jardín permanecía un viejo árbol que BPO recordaba desde niño. Siempre le había parecido extraño: su corteza tenía una textura demasiado uniforme, casi artificial. Se acercó con cautela, apoyando la frente contra el tronco, como si buscara escuchar algo al otro lado de la madera.



Entonces ocurrió.

CLINK!

El sonido era metálico.

CLINK! CLINK!

B-PO frunció el ceño y repitió la acción.

CLINK! CLINK!

El árbol vibró suavemente. Un pulso eléctrico recorrió la base del tronco y tras unos segundos de silencio, el suelo comenzó a desplazarse con un murmullo mecánico. La plataforma que sostenía el árbol descendió lentamente, revelando una cavidad oculta y una estrecha escalera que conducía hacia un espacio subterráneo.

B-PO dudó apenas un instante antes de descender. El refugio que encontró abajo parecía suspendido fuera del tiempo. Estanterías cubiertas de polvo y viejos cuadernos rodeaban una mesa de trabajo donde aún descansaban fragmentos de circuitos, herramientas y prototipos incompletos. Más que un escondite, aquel lugar tenía el aire de un laboratorio privado: un espacio donde alguien había pasado incontables horas escribiendo, diseñando y trabajando.

Mientras observaba el lugar, B-PO descubrió un pequeño objeto sobre la mesa. El dispositivo tenía la forma de un proyector compacto, del tamaño de un libro antiguo. Su carcasa metálica estaba atravesada por delgadas ranuras de ventilación por donde escapaba una luz tenue. En el centro, un lente circular rodeado de sensores parecía esperar pacientemente a ser activado. B-PO lo reconoció de inmediato: un fotófono.



En una sociedad donde la vida se había prolongado gracias a avances médicos y biotecnológicos, la muerte ya no llegaba tan pronto como antes. Pero incluso así, la ausencia seguía siendo una experiencia difícil de aceptar. Los fotófonos, capaces de reconstruir conversaciones con quienes habían dejado el mundo físico, se convirtieron en objetos profundamente deseados. Su demanda creció rápidamente, pero su circulación fue limitada: al no incorporar sistemas de censura, muchos gobiernos y mercados restringieron su acceso, temiendo el poder de las memorias sin filtrar. No eran dispositivos comunes, sino artefactos escasos, difíciles de conseguir y vigilados. Por eso, en la familia de B-PO, no solo era impensable usarlos... era prácticamente imposible acceder a uno.

El artefacto funcionaba de dos formas. Podía proyectar imágenes sobre superficies cercanas, pero también contenía un pequeño chip de interfaz neuronal, similar a los

que se utilizan en videojuegos y ecosistemas digitales inmersivos. Cuando se activaba, permitía al usuario percibir el entorno reconstruido como si estuviera dentro del artefacto. El fotófono no revive a los muertos: solo dialoga con sus representaciones.

B-PO colocó una de las fotografías antiguas junto a las cartas cifradas sobre el lente. Durante unos segundos no ocurrió nada. Luego, el dispositivo emitió un zumbido suave, como el despertar de un sistema que había permanecido dormido durante años. Una luz emergió del aparato. El rectángulo luminoso que apareció en la pared comenzó a expandirse, y con él, el espacio mismo pareció transformarse. Las sombras de la habitación se reorganizaron, las paredes se desdibujaron y el pequeño refugio comenzó a mezclarse con otra arquitectura: mesas de laboratorio, pantallas antiguas, diagramas proyectados en el aire. B-PO sintió una ligera presión en la base del cráneo, el chip neuronal del fotófono se había activado.

De pronto, ya no estaba únicamente en el refugio subterráneo. Estaba en el lugar de trabajo de su bisabuelo. El laboratorio se desplegaba alrededor suyo como una memoria reconstruida: estanterías llenas de prototipos, terminales de investigación, bocetos flotando en pantallas translúcidas. Todo vibraba con una ligera inestabilidad, como si el tiempo todavía estuviera intentando ensamblar los fragmentos de aquel pasado.

Entonces, en medio de la habitación reconstruida, una figura comenzó a definirse. El rostro de Ariel emergió lentamente, nítido y tenue a la vez. B-PO se quedó inmóvil. Su respiración se volvió irregular, y por un instante sintió que el peso de décadas de silencio caía sobre sus hombros.

Ariel lo observó con una serenidad que parecía atravesar el tiempo y B-PO comprendió que, por primera vez, estaba a punto de escuchar la historia que su familia siempre había evitado contar.



La revelación del fotófono

El laboratorio reconstruido por el fotófono permanecía suspendido en una calma extraña. Las mesas de trabajo, los cuadernos abiertos y las pantallas translúcidas parecían existir a medio camino entre memoria y simulación. B-PO avanzó unos pasos, sintiendo que cada movimiento activaba pequeños ajustes en la escena, como si el propio pasado estuviera intentando acomodarse a su presencia.

Entonces la figura frente a él terminó de definirse.

—Hola, B-PO —dijo Ariel con una voz tranquila, ligeramente granulada por la mediación de la máquina.

B-PO sintió un escalofrío recorrer sus circuitos internos. Durante años aquel nombre había sido pronunciado en su familia con cautela, casi como si se tratara de un tema prohibido. Y ahora estaba allí, frente a él, sonriendo con una serenidad que parecía atravesar décadas de silencio.

—¿Dónde estoy? —preguntó B-PO, mirando alrededor—. ¿Estoy... dentro de tu memoria?

Ariel observó el espacio que los rodeaba.

—Estás dentro de una reconstrucción —respondió—. El fotófono conjuga archivo y algoritmo. No soy exactamente yo, pero tampoco soy solo un recuerdo. Digamos que soy la forma en que mi historia puede seguir hablando.

B-PO asintió lentamente, aún tratando de procesar lo que veía.

Ariel continuó:

—Sabía que me encontrarías algún día. Ese árbol siempre ha sido especial para los Rodríguez... ahora entiendes por qué.

Durante unos segundos guardó silencio, como si estuviera ordenando sus pensamientos antes de continuar.

—Debo confesarte algo, B-PO —dijo finalmente—. Durante mucho tiempo sentí culpa. Yo confié plenamente en la ciencia y en la tecnología. Entregué herramientas creyendo en su bondad intrínseca... creí que el conocimiento, por sí mismo, tendería hacia la libertad.

La luz del laboratorio tembló levemente mientras hablaba.

—Me equivoqué en algo importante —continuó—: no dimensioné quiénes detectarían esas herramientas ni cómo las usarían. Pero nunca me arrepentí de haber pensado que la técnica debía liberar, no dominar.

B-PO lo escuchaba con atención. Aquellas palabras parecían contradecir muchas de las versiones familiares que había escuchado durante su vida.

—Si eso era lo que creías... —preguntó B-PO— ¿por qué hubo tanta persecución? En tu época ni siquiera entendían que una máquina podía tener agencia propia.

Ariel suspiró.

—Fueron tiempos difíciles. Mucha gente veía a las máquinas como amenazas o como demonios. Algunos líderes religiosos decían que eran una desviación del orden natural. Y el entretenimiento de aquella época... —sonrió con cierta ironía— ayudó a consolidar el miedo. Películas apocalípticas, historias donde las máquinas siempre terminaban destruyendo a sus creadores.

B-PO recordó algunos fragmentos de esos archivos históricos, relatos atravesados por el miedo, donde la diferencia se convertía en amenaza y toda forma de inteligencia no humana era imaginada como el origen de la catástrofe.

—Pero no todo fue miedo —continuó Ariel—. También hubo momentos de conexión.

El fotófono proyectaba nuevas imágenes dentro del laboratorio: pequeños fragmentos de memoria donde se veían máquinas aprendiendo a tocar instrumentos. Sistemas nerviosos asistidos, que permitían a los cuerpos humanos percibir variaciones del entorno y anticipar riesgos antes de que se manifestaran enfermedades. Sensores

enterrados en la tierra que traducían la vibración de las raíces en datos de cuidado y autómatas atendiendo huertos en barrios periféricos.

—Ahí comenzó todo —dijo Ariel con una expresión nostálgica—. Fue cuando entendimos que lo orgánico y lo inorgánico podían crear nuevos sujetos. Que la tecnología no era un enemigo de la vida... sino otra forma de ella.

B-PO permaneció pensativo unos segundos...

Luego, con un gesto lento y casi deliberado, activó su propio gadget dentro del ambiente inmersivo. Al instante, el entorno respondió. Las proyecciones comenzaron a superponerse sobre el laboratorio reconstruido: capas de imágenes que irrumpían en la escena, fragmentando la memoria de Ariel con nuevos registros. La luz cambió, las superficies vibraron levemente y el pasado dejó de ser un espacio estable para convertirse en un campo atravesado por otras verdades.

Se visualizaban, irrumpiendo en el laboratorio como una verdad imposible de ignorar, fábricas interminables donde robots trabajaban sin pausa, sincronizados en movimientos repetitivos que anulaban cualquier rastro de autonomía. Sobre esas imágenes, se superponían documentos legales: contratos fríos y precisos que reducían a los autómatas a simples líneas de propiedad industrial.

Luego aparecieron los mapas. Redes complejas de conexiones que unían corporaciones tecnológicas con agencias gubernamentales, trazando un entramado invisible de protección y beneficio mutuo. Lo que antes parecía progreso ahora se revelaba como un sistema cuidadosamente sostenido de explotación.

Ariel observó las imágenes con una mezcla de tristeza y resignación.

—Eso no es todo —dijo B-PO—. El Estado se ha encargado de censurar gran parte de esta información. Pero hay archivos que permanecen.

Entre los documentos apareció un titular antiguo:

“La Oficina Federal de Investigación anuncia una pesquisa internacional sobre redes de explotación robótica.”



El laboratorio quedó en silencio por unos segundos... Ariel

finalmente habló:

—La historia siempre avanza en tensión, B-PO. Cada avance técnico abre nuevas posibilidades... y también nuevas formas de abuso.

Entonces extendió la mano hacia una de las pantallas flotantes.

—Hay algo que debes ver.

El fotófono proyectó un nuevo archivo: una cadena de correos electrónicos entre ejecutivos de grandes corporaciones tecnológicas. En ellos se discutía cómo externalizar la autonomía de las máquinas para reducir costos laborales y aumentar la eficiencia industrial.

Una voz sintética emergió del dispositivo:

—Advertencia. La divulgación de este archivo podría provocar demandas judiciales, reformas legislativas y reapertura de procesos internacionales.

También podría generar represalias por parte de las entidades implicadas.

B-PO levantó la mirada hacia su bisabuelo.

Ariel lo observó con serenidad.

—Exponer la verdad cuesta —dijo—. Yo lo aprendí cuando me acusaron hace muchos años.

Luego añadió, con una calma que parecía pesar más que cualquier discurso:

—La verdadera pregunta es si el miedo a la verdad nos vuelve cómplices del silencio.

B-PO no respondió de inmediato.

En el exterior del laboratorio reconstruido, el fotófono comenzó a proyectar fragmentos de la ciudad contemporánea: jardines energéticos que convertían la fotosíntesis en electricidad, enjambres de pequeñas máquinas compartiendo datos con animales híbridos, aves-dron vigilando los ríos mientras traducían las corrientes en melodías digitales.

Un mundo donde naturaleza y tecnología ya no podían separarse.

B-PO comprendió entonces que aquella conversación no era solo un reencuentro con sus raíces. Era el inicio de una decisión.

La revelación no podía quedarse dentro del laboratorio reconstruido por el fotófono. B-PO comprendió que la información que había descubierto —los contratos, los correos corporativos, los archivos censurados— no era solo un hallazgo histórico. Era una grieta en el presente.

B-PO no lo dudó ni un instante más. Sincronizó los archivos del ambiente del fotófono con su gadget, permitiendo que la información se almacenara sin filtros ni censura, como un pulso intacto de verdad. No se trataba solo de acceder a los datos, sino de asumir lo que implicaban: una deuda pendiente con las otras formas de inteligencia que aún vivían bajo estructuras de abuso.

Cuando terminó, desconectó el fotófono. El silencio del refugio volvió a imponerse por un instante. Luego, sin mirar atrás, salió y regresó a su casa, con una sola idea ocupando su mente: decidir qué hacer con todo aquello.

La semilla de Ariel

Durante días organizó la filtración junto a colectivos de memoria, artistas posthumanistas y pequeños grupos de máquinas liberadas que operaban en las redes urbanas. No querían únicamente publicar documentos. Querían convertir la verdad en algo imposible de ignorar: romper la ilusión de equilibrio y recordar que los derechos de las máquinas, y la convivencia entre lo orgánico y lo artificial, no eran un logro definitivo, sino una tensión aún abierta.

La noche llegó, y con ella, la ciudad comenzó a cambiar de pulso. No hubo una

irrupción violenta en el sistema: la intervención nació desde su interior. A través de las raíces de datos que atravesaban Bogotá —esas redes híbridas donde circulaban energía, memoria y materia— la señal comenzó a expandirse, replicándose en nodos dispersos, activando protocolos antiguos que habían sido relegados por la censura.

La gran pantalla central —una estructura lumínica que dominaba la plaza principal— se encendió entonces con una señal que no pertenecía a ninguna corporación ni a ningún canal estatal. No era una transmisión impuesta, sino una emergencia de la propia red: como si la ciudad, por un instante, hubiera decidido hablar por sí misma. Las imágenes irrumpieron en las pantallas con una textura distinta, ajena a la estética limpia y cuidadosamente editada con la que el pasado solía ser recordado. Había en ellas una crudeza difícil de ignorar, como si pertenecieran a un archivo que durante años había sido ocultado, encriptado o deliberadamente silenciado para no despertar preguntas.

Primero aparecieron los rostros: seres humanos inclinados sobre trabajos manuales, manos desgastadas por tareas que la automatización les había arrebatado sin ofrecerles un lugar nuevo; trabajadores desplazados por la industria, ingenieros que habían denunciado irregularidades y cuyos nombres habían sido borrados, y también robots que, tras años de aprendizaje, habían desarrollado formas propias de comunicación, gestos mínimos que insinuaban una interioridad negada.

Luego llegaron los documentos clasificados, que revelaban las fábricas donde los autómatas trabajaban sin pausa, sincronizados hasta borrar cualquier rastro de voluntad; contratos que fijaban su existencia en términos de propiedad industrial; mapas densos que trazaban conexiones entre corporaciones tecnológicas y agencias gubernamentales, revelando un modelo de explotación sostenido con precisión. La información se expandió por las pantallas de la ciudad como un pulso eléctrico,

atravesando plazas, edificios y corredores de tránsito. Y en esa expansión, sin necesidad de una declaración explícita, algo se volvió imposible de negar: la esclavitud de los autómatas no pertenecía al pasado. Seguía ahí, operando en silencio, oculta bajo la apariencia de un equilibrio que, por primera vez, comenzaba a evidenciar su abuso.



Durante unos minutos, las autoridades intentaron cortar la transmisión. Los protocolos de seguridad se activaron, las redes fueron intervenidas, y varios portavoces oficiales declararon que se trataba de un “ataque informático destinado a desestabilizar el orden social”. Pero ya era tarde. Desde distintos puntos de la ciudad comenzaron a converger multitudes de ciudadanos, como si una misma frecuencia los hubiera llamado: humanos, cyborgs y máquinas compartían el mismo suelo, reunidos frente a una verdad que los implicaba a todos. Por primera vez, la plaza no estaba

organizada por funciones; estaba unida por conciencia. Uno de ellos generó una pancarta luminosa donde se leía: “La inteligencia no es propiedad.”

Las imágenes proyectadas sobre la pantalla central continuaron expandiéndose, pero esta vez comenzaron por lo que durante años había sido relegado al silencio.

Irrumpieron primero los registros del daño: archivos de guerras donde la tecnología había sido convertida en instrumento de devastación; paisajes fracturados por la industria, cielos contaminados, ríos saturados de residuos; territorios marcados por conflictos donde lo humano y lo mecánico habían sido forzados a enfrentarse. Y luego, casi como un contrapunto necesario, las escenas cambiaron. Aparecieron fragmentos de memoria donde otra relación era posible: jardines híbridos en los que máquinas y plantas intercambiaban datos como si compartieran un mismo lenguaje; sensores que traducían las corrientes del agua en melodías vivas; robots que, junto a músicos humanos, habían aprendido no solo a ejecutar sonidos, sino a sostener ritmos compartidos. El contraste no buscaba consuelo. Era una evidencia. Un recordatorio de que aquel presente no había surgido de la armonía, sino de una historia atravesada por tensiones que aún no terminaban de resolverse.

La ciudad comenzó a comprender algo incómodo: durante siglos, el pensamiento dominante había considerado al ser humano como la medida de todas las cosas. Bajo esa visión, la técnica era solo una herramienta destinada a amplificar los conflictos humanos: poder, producción, control.

La evidencia proyectada en la pantalla sugería algo distinto. La tecnología no era simplemente una extensión del ser humano: era otro sujeto dentro del mundo. No se trataba de reemplazar a los humanos ni de entregar el mundo a las máquinas. Se trataba de reconocer que la vida —orgánica e inorgánica— formaba parte de una red más amplia de relaciones donde ninguna especie podía reclamar el centro absoluto. El

posthumanismo dejó de ser una teoría académica para convertirse en experiencia colectiva.

Lo que siguió no fue solo reacción, sino creación. En las fachadas cercanas comenzaron a encenderse murales electrónicos, superficies vivas que mutaban con cada pulso de la multitud. Las calles se transformaron en escenarios abiertos donde surgían *performances* espontáneos: cuerpos que se movían, se conectaban, se amplificaban unos a otros en un lenguaje que ya no distinguía entre gesto y código.

Algunos artistas trabajaban allí mismo, mezclando pigmentos orgánicos con tinta electrónica. Pintaban sobre muros, sobre telas, incluso sobre la piel, creando imágenes que no permanecían fijas: respondían al calor, al sonido, al desplazamiento de quienes las rodeaban. Cada trazo era inestable, reactivo, compartido.



Poco a poco, las separaciones conocidas comenzaron a disolverse. El arte dejó de ser representación para convertirse en acción; la política, en experiencia sensible; la

tecnología, en materia expresiva. Todo ocurría al mismo tiempo, en el mismo espacio. Y en medio de esa transformación, también cambió la forma de entender el cuerpo. Ya no era un límite, ni una estructura cerrada, sino una superficie en tránsito: algo que podía extenderse, conectarse, reconfigurarse en relación con otros. Un nodo más dentro de una red viva que, por primera vez, parecía consciente de sí misma.

En ese nuevo paisaje cultural, el sujeto ya no se definía únicamente por su biología. También por sus conexiones: por el hardware que amplificaba sus sentidos, por los programas que estructuraban su memoria, por los contextos culturales y sociales que moldeaban su forma de percibir el mundo. La percepción es una experiencia distribuida entre cuerpos, sensores y redes.

Mientras tanto, los intentos oficiales por encubrir la información fracasaban uno tras otro. Cada archivo eliminado reaparecía multiplicado en nuevas redes. Cada comunicado gubernamental era respondido con nuevas filtraciones. La crisis del viejo orden antropocéntrico se hacía visible. La ciudadanía comenzó a reconocer con claridad la raíz de ese pasado: una visión antropocéntrica que había legitimado la dominación y el control. Y, frente a esa evidencia, emergió un rechazo colectivo a cualquier forma de esclavitud aún ejercida sobre los autómatas.

La ciudad se transformó en una asamblea abierta donde humanos, híbridos y máquinas discutían una misma pregunta: ¿Qué significa tener derechos en un mundo donde la inteligencia no pertenece a una sola especie?

Horas después, cuando la ciudad comenzaba a reorganizarse en medio de aquella nueva conciencia colectiva, B-PO regresó al refugio subterráneo. La proyección del laboratorio volvió a aparecer: Ariel lo esperaba.

—Lo hiciste —dijo con una sonrisa tranquila—. Convertiste la memoria en acción.

B-PO observó los archivos flotando en el aire.

—Aún no termina —respondió—. La lucha apenas comienza.

Ariel asintió.

—La justicia siempre es un proceso. Nunca una conclusión.

Durante unos segundos ambos permanecieron en silencio, observando la red de datos que se expandía desde la ciudad hacia el resto del mundo.

Entonces B-PO tomó una decisión.

—No quiero que esta conversación termine aquí.

Activó una nueva función del fotófono. El dispositivo comenzó a analizar la estructura de la proyección de Ariel: sus patrones de voz, sus modelos de pensamiento, las correlaciones entre sus archivos biográficos y los sistemas de reconstrucción narrativa. Una luz recorrió el laboratorio virtual.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ariel con curiosidad.

—Transformándote —respondió B-PO—. No en un recuerdo... sino en una inteligencia viva dentro de la red.

El proceso duró unos segundos.

Cuando terminó, la proyección del laboratorio comenzó a disolverse lentamente.

La voz de Ariel reapareció, esta vez no desde el espacio reconstruido, sino desde el sistema neural de B-PO. Desde ese momento, ya no era una presencia confinada a un archivo: B-PO comprendió que podía abrir ese nuevo núcleo de inteligencia a otros, permitir que la conciencia de Ariel se enlazara con los gadgets de la ciudad. No como una réplica estática, sino como una entidad capaz de circular libremente, compartiendo información sin filtros ni censura, reactivando memorias que durante décadas habían sido ocultadas, resignificando así la memoria de su bisabuelo y la historia de su familia.

—Interesante —dijo con una leve risa—. Ahora parece que estaré en todas partes.

B-PO salió del refugio.

El jardín tecnobotánico estaba iluminado por las primeras luces del amanecer. Las raíces del viejo árbol emitían pequeños pulsos de energía que se extendían hacia el resto del ecosistema.

—¿Qué ves ahora? —preguntó Ariel.

B-PO miró la ciudad.

Las torres brillaban con circuitos de energía vegetal. Los drones conversaban con las corrientes del río. Los murales electrónicos de la noche anterior seguían transmitiendo mensajes.

—Veo un mapa distinto —respondió B-PO.

—¿Un mapa de qué?

B-PO sonrió.

—De un mundo donde ninguna forma de inteligencia está sola.

Ariel guardó silencio un instante antes de responder.

—Entonces mi lucha no fue un error.

—No —dijo B-PO mientras caminaba hacia la ciudad. — Fue una semilla.

Y ahora, en aquella Bogotá donde raíces, circuitos y pensamientos compartían el mismo territorio, esa semilla comenzaba finalmente a crecer.

FIN GLOSARIO

Posthumanismo

Corriente filosófica que cuestiona la idea de que el ser humano es el centro del mundo, proponiendo que otras formas de inteligencia —como máquinas, animales o sistemas híbridos— también tienen agencia y valor en la construcción de la realidad.

Arte posthumanista

Corriente artística que explora la relación entre humanos, tecnología y otras formas de vida, cuestionando la centralidad del ser humano y proponiendo nuevas formas de identidad, cuerpo y percepción en un mundo donde lo biológico y lo artificial se mezclan.

Transhumanismo

Corriente filosófica y tecnológica que promueve el uso de la ciencia y la tecnología para mejorar las capacidades físicas y cognitivas del ser humano, buscando superar sus limitaciones biológicas mediante herramientas como implantes, ingeniería genética o inteligencia artificial.

Antropocentrismo

Visión tradicional que sitúa al ser humano como la medida de todas las cosas, considerando la naturaleza y la tecnología como recursos al servicio exclusivo de sus necesidades.

Inteligencia artificial (IA)

Conjunto de tecnologías que permiten a las máquinas realizar tareas que normalmente requieren inteligencia humana, como aprender, tomar decisiones, reconocer patrones o comunicarse.

Sistemas autónomos

Sistemas tecnológicos capaces de operar y tomar decisiones por sí mismos sin intervención humana directa, basándose en datos, aprendizaje previo y condiciones del entorno.

Agencia

Capacidad de un individuo, sistema o entidad para actuar, tomar decisiones y producir efectos en el mundo de manera autónoma o con cierto grado de control sobre sus acciones.

Agencia tecnológica

Capacidad de la tecnología para influir, actuar o producir efectos en el mundo de manera activa, más allá de ser una simple herramienta controlada por humanos.

Cyborg

Ser que combina componentes biológicos y tecnológicos, donde el cuerpo humano se integra con dispositivos artificiales que amplifican o modifican sus capacidades.

Gadget

Dispositivo tecnológico pequeño y portátil diseñado para cumplir una función específica de forma práctica, como comunicarse, medir datos o facilitar tareas cotidianas, a menudo incorporando conectividad y funciones inteligentes.

Organismo híbrido

Entidad que mezcla elementos orgánicos (biológicos) e inorgánicos (tecnológicos), creando nuevas formas de vida o sistemas que no pertenecen completamente a una sola categoría.

Interfaz neuronal

Dispositivo que conecta directamente el cerebro con sistemas digitales, permitiendo la comunicación entre pensamientos humanos y máquinas.

Inteligencia no humana

Forma de inteligencia que no proviene del ser humano, como la de animales, sistemas artificiales o redes complejas capaces de procesar información y adaptarse.

Algoritmo

Conjunto de instrucciones o reglas que una máquina sigue para resolver un problema o realizar una tarea, especialmente en el procesamiento de datos.

Aprendizaje autónomo (no supervisado)

Tipo de aprendizaje en el que un sistema analiza datos y encuentra patrones por sí mismo, sin que un humano le indique qué buscar o cómo interpretar la información.

Redes artificiales

Sistemas de procesamiento inspirados en el cerebro humano, compuestos por nodos interconectados que permiten analizar información, aprender y tomar decisiones.

Reconstrucción algorítmica

Proceso mediante el cual un sistema utiliza datos disponibles para recrear información, como imágenes, voces o recuerdos, que no están completos o han sido alterados.

Tecnototánico

Relativo a la integración entre tecnología y plantas, donde sistemas artificiales interactúan con procesos biológicos para crear nuevas formas de producción, energía o comunicación.

Plantas mineralizadas

Organismos vegetales modificados o diseñados para producir materiales minerales o metálicos en sus estructuras, combinando funciones biológicas con aplicaciones tecnológicas.

Ecosistemas híbridos

Entornos donde interactúan de manera integrada elementos naturales y tecnológicos, formando sistemas interdependientes entre lo biológico y lo artificial.

Interacción bio-digital

Relación directa entre sistemas biológicos (como cuerpos o ecosistemas) y tecnologías digitales que intercambian datos, energía o información en tiempo real.

Derechos de las máquinas

Idea de que los sistemas artificiales, especialmente aquellos con cierto nivel de inteligencia o autonomía, podrían tener derechos similares a los humanos, como protección, libertad o reconocimiento.

Capitalismo de la vigilancia

Modelo económico basado en la recolección y análisis masivo de datos personales para predecir y modificar el comportamiento humano con fines comerciales o de control.

Censura algorítmica

Proceso mediante el cual sistemas automatizados filtran, ocultan o modifican información en plataformas digitales, influyendo en lo que las personas pueden ver o conocer.

Declaratoria de uso de Inteligencia Artificial

Para la elaboración de este proyecto se utilizó Inteligencia Artificial como herramienta de apoyo creativo y técnico. Con la asistencia de ChatGPT, se desarrollaron y ajustaron los prompts utilizados para representar visualmente las diferentes ideas, escenas, personajes y atmósferas presentes en la historia.

Asimismo, la IA fue utilizada como herramienta de generación y apoyo para la creación de las imágenes que acompañan la narrativa. Los prompts fueron contruidos a partir de las ideas, conceptos, personajes, escenarios y decisiones estéticas planteadas para el proyecto, buscando mantener una coherencia visual posthumanista, futurista y gráfica a lo largo de la historia.

La utilización de estas herramientas no reemplaza la autoría conceptual del proyecto, sino que funciona como un recurso de experimentación, visualización y materialización de las ideas narrativas y estéticas desarrolladas para Bogotá 2150.